

custodias hechas de madera con ocho rayos⁶ con las mismas flores, hinojo⁷ y cucharilla, y se enfloran dos bastones llamados “de ánimas” al estilo de cetros para hacer limpias, mientras se canta la alabanza “Santa Rosita”. Antes se pasaba una charola con tabaco y con marihuana, ahora sólo cigarros, lo cual también vio Moedano cuando asistió a una velación en el Bajío.⁸ Al final de la ceremonia de la flor o Santa Forma, el oficiante recoge las flores sobrantes y hace una limpia a los presentes con los bastones.

De acuerdo con lo que le relataron a Escoto Patiño (2008: 62, 63), la recolección de la cucharilla implica mucho trabajo:

[...] la traen de Peñamiller, de Higuerillas, de Tolinán, de San Luis de la Paz y de bien hartos lados, pero está bien difícil cortarlas porque tienen retebien hartas espinas y retepuntiagudas. Hay que llevar alambre recocado para amarrarla toda alrededor y que no quede suelta ninguna de las ramas; una vez que están bien amarradas con el machete se le cortan bien pegaditas

⁶ Los rayos pueden variar de acuerdo a los lugares o a las mesas.

⁷ La yerba que llaman hinojo en el Bajío y también en Amecameca, y que crece silvestre, aparentemente no es el hinojo de origen europeo (*Foeniculum vulgare*) que utilizamos para cocinar.

⁸ Conferencia “Espacio sagrado en la religión popular del Bajío”, presentada en el V Ciclo de Conferencias El Hombre y lo Sagrado, notas manuscritas de la autora. Con relación a esto, es interesante también lo que el doctor José Luis González Chagoyán pudo observar cuando era adolescente en el pueblo otomí de Santa Cruz de Galeana, Guanajuato: cada año un grupo especial de hombres iba a recoger peyote, antes de lo cual tenían que hacer penitencia por ocho días, incluyendo abstinencia sexual; como no podían tocar la comida, otras personas los tenían que alimentar. “Soñaban el camino e iban sólo con una bolsa de pinole y una cantimplora. Cuando regresaban, todo el pueblo se ‘empeyotaba’ y había una confesión general” (González Torres, 2009: 288).